

El profeta Daniel



Érase una vez un hombre
llamado Daniel. Era bondadoso y
valiente que amaba a sus amigos,
a su familia y, sobre todo, a Dios.

Daniel siempre oraba a Dios
todos los días y seguía sus
mandamientos.



En aquel tiempo, Daniel vivía en un gran reino gobernado por un poderoso rey llamado Darío.

El rey Darío apreciaba mucho a Daniel porque era sabio, honesto y muy bueno en su trabajo.



El rey decidió convertirlo en uno de sus consejeros de mayor confianza, lo que despertó la envidia de algunos de sus otros consejeros.

Estos consejeros conspiraron para deshacerse de Daniel.



Engañaron al rey para que promulgara una ley que establecía que nadie podía orar a ningún dios ni persona excepto al rey durante 30 días.



Cualquiera que desobedeciera esta ley sería arrojado a un foso lleno de leones hambrientos.



Aunque Daniel conocía la nueva ley, seguía orando a Dios tres veces al día, como siempre.



Cuando los consejeros malvados se enteraron, acudieron al rey y le dijeron que Daniel estaba quebrantando la ley.

El rey se enteró y se enojó muchísimo porque comprendió que no tenía más remedio que castigar a Daniel. Aunque lo apreciaba, debía cumplir la ley.

El rey Darío, a regañadientes, ordenó que Daniel fuera arrojado a un foso lleno de leones hambrientos.



El rey esperaba que el Dios de Daniel lo salvara, pues sabía lo fiel que era.

Pero estaba tan preocupado por Daniel que no pudo dormir esa noche.



Entonces los guardias tomaron a Daniel y lo bajaron con una cuerda al foso.

Era un lugar oscuro y profundo, lleno de leones hambrientos.



Pero Dios mandó un ángel que
cerró la boca de los leones.

Los leones, que antes rugían,
ahora se acostaron como gatitos,
sin hacerle ningún daño a Daniel.



El rey temprano a la mañana siguiente, corrió al foso para ver si Daniel seguía con vida.

El rey lo llamó y se llenó de alegría cuando Daniel respondió.

Daniel le explicó que Dios había enviado un ángel durante la noche para protegerlo y que estaba ileso.

El rey Darío estaba encantado. Entonces declaró que, a partir de ese día, todos en su reino debían adorar al Dios de Daniel, el único Dios verdadero.



Mientras tanto, los consejeros celosos fueron castigados por sus malas acciones. El rey los mandó arrojar al foso de los leones, y fueron devorados de inmediato.

Daniel se mantuvo fiel a Dios toda su vida. Se convirtió en un sabio consejero del rey Darío y contribuyó a mejorar el reino.

La gente de todo el reino lo admiraba por su valentía y su firme fe en Dios.

